

DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

ODA ANDALUZA

Venturoso el mortal que no calcula
Lo que hay detrás, cuando esperanza adula,
Dándole buenos ratos,
Su mente, y al raudal con que lo incita
De gustosa ilusión, se precipita,
Diciendo: al agua, patos.
Sin tener más camisa que la puesta,
¡Cuán feliz el que duerme larga siesta
Y contando las vigas,
Después bosteza, y echa su cigarro,
Y á la margen del Betis ó del Darro,
Se va á matar hormigas!
¡Feliz, quien sin pueriles aprehensiones,
Se está desde las diez hasta oraciones
Con los brazos cruzados!
El buscar que comer no le fatiga,
Y si no hay más, se llena la barriga
De garbanzos tostados.
Pasan por cima carros y carretas,
Y él se mantiene con sus manos quietas

Más dulce que una malva.
Pero si se le atufa el ventisquero,
Le dirá las verdades del barquero
Al lucero del alba.
Ni útil labor, ni plan sabio y prudente,
Molesta nunca el brío de su mente
Y de sus manos toscas.
Podrá hallarse sin blanca en arduo empeño;
El hambre podrá entrarle ó bien el sueño,
Pero no le entran moscas.
Sufre impávido á veces que un mocoso,
Ya con sarcasmo serio, ya jocoso,
Lo ponga colorado.
Pero de pronto vuélvese una furia,
Cuando oyendo el acento de la injuria
Se le ahuma el pescado.
Unas veces depone la faz ruda,
Y ya á la dama, ya al galán saluda
Con muy atentos modos.
Otras, de su valor envanecido,
Arroja en el concurso enmudecido
La de Cristo con todos.
Vedlo, cuchillo en mano, como ajusta
Su diestro golpe y al contrario asusta,
Y como el brazo terciá;
Hasta que se le arroja sin empacho,
Y le sopla en la bolsa del gazpacho
Dos mojadadas de á terciá.

EL MELANCÓLICO

¿Sabes quien está loco de remate?
Lucindo el traductor. Volcóle el seso
Aquel vizconde de encumbrado estilo,
Que en sus novelas derramó sin tasa
Las más descompasadas diabluras.
El autor del *Pirata* y de *Ipsibœ*:
Síntesis, nata, flor, joya y espuma
Del más descomunal romanticismo.
Volvamos á Lucindo. Vilo anoche
Pálido, desgredado, macilento,
Mejilla hundida y húmedos los ojos,
En muelle canapé medio sumido,
Y en los profundos piélagos absorto
De la meditación. Al verme lanza
Dos torrentes de lágrimas. «Los cielos
A mi socorro, dice, te enviaron.
Murió mi can. Murió Melampo; el tipo
De la fidelidad. ¡Can infelice!
¿Sabes lo que es un can? Es un amigo
Que natura nos da. No como el hombre
Cruel, ingrato, pérfido, egoísta.
¡Oh los hombres! ¡Los hombres! El cuitado
Murió el domingo; y desde entonces peno
Petrificado, mísero. Teñida
De amarillentos y verdosos visos,
Melancolía en mis mejillas labra
Su pardo nido, cual reptil oculto
Del pimpollo en las hojas virginales.

Inmóvil paso las fugaces horas,
Cual la paciencia en albo monumento,
Sonriendo al dolor.» «No á tanta pena,
Dijele compasivo, te abandones.
Placeres hallarás que el llanto enjuguen,
Tú que sabes amar...» ¿Qué has dicho? exclama
Las manos apretándome de pronto,
Como férrea tenaza. ¡Amar dijiste!
No es más funesto al navegante el torvo
Rugiente seno de la mar undosa,
Cuando las olas portentosas alza,
Muertes y espumas y furor vertiendo,
Que á mi pecho es amor. Cimodocea,
La sobrina del sabio respetable,
Que de campestres yerbas y de flores
Forma composición farmacéutica
Que la dolencia física aletarga...»
«¿Rita la boticaria?» «No denuestes
Con vulgar locución la flor del valle,
La matinal sonrisa, albo reflejo
Del firmamento azul. Rita es el nombre
Que el genitor le impuso: yo le he dado.
Otro más digno de sus nobles prendas.
Cimodocea y yo... ¿viste tú acaso
La flexible liana, que del Ohio
La herbosa margen undulante cubre,
De lazos mil y mil, ceñir la frente
De agreste pino, y en sus gigantéas
Ramas, brotar espléndidos corimbos?
¿Viste el torrente de los Andes, rota
Del áspero peñasco la barrera,
Lanzarse á la llanura? ¿Viste al soplo

De huracán tremebundo, disiparse
Caliginosa niebla, allá en las rocas
Do el alma de Osián muge, cual suele
Bituminoso cráter que á Tinacria
Vómita destrucción?» «No vi tal cosa:»
Dijele entonces, harto de locuras:
Y tomando el sombrero, en línea recta
Fuime al hospicio á disponerle jaula.

Á UN POETA NOVEL

Les sots sont ici bas pour nos menus plaisirs.

REGNARD

Si tal es tu destino,
Que un acaso siniestro,
Con lazo diamantino
Los ímpetus del estro
Comprime, y en afanes
Te sumerge y congojas,
No aburrido te encojas,
Ni imbécil te amilanes;
Ni te descorazonas
Si el público se mofa
De tus composiciones,
O si al cantar la estrofa
Que tú extático admiras
Cual tipo de belleza,
Un lector te hace tiras,
Y otro lector bosteza.

Te marcó generosa
Naturaleza un día,
Con señal luminosa,
Y de melancolía,
Y de amor y de lloros,
Te dió vastos tesoros.
Y dijo: «Eres poeta,
No albañil ni escribano.
Eres poeta, hermano,
Y á nada se sujeta
El que nació poeta,
Y ningún yugo aguanta
Quien ama, llora y cantá.»
Canta, pues, ama y llora,
Como en París se usa,
Y para que la musa
Lance su voz canora,
Aguarda á que se sepa
Por donde al Pindo trepa
La tribu desgredada
Que allá en París descuella
Y tú en la misma huella
Fijarás tu pisada.
Siempre ten un repuesto
De horribles impresiones;
La ponzoña, el incesto,
Y las palpitaciones
De un ser no comprendido;
Mujer que el genio inflama,
Y que por todos brama,
Menos por su marido.
En rima concienzuda,

Torba, fiera y sañuda,
Como en horrenda orgía,
Precursora de muerte,
Maldice tú la suerte,
Que con su mano fría,
A obscuridad penosa,
Tus ímpetus condena;
Y ni en verso, ni en prosa
Ni en folletín, ni escena,
Te abre el ancho camino,
Por donde marcha Hugo,
Tú que del asesino,
Del raptor y el verdugo,
Conoces los misterios,
Y en punto de adulterios,
Con Jorge Sand te igualas;
Tú que extiendes las alas
Por las regiones sumas,
En que se goza Dumas
(Lo pronuncio á lo rudo
Por huir el escollo
Del consonante agudo);
Tú, en fin, tierno pimpollo
De la joven España,
¿Por qué has de verte hundido
En nulidad y olvido?
¿Por qué tu lustre empañas
Jovellanos en prosa,
Burgos y Lista en verso?
¡Injusticia afrentosa!
Cuando en el universo,
No hay quien más galicismos

En prosa y verso encaje.
¡Oh público salvaje!
¡Oh profundos abismos
Del hado, cuyo azote
Ni respeta bigote,
Ni hace caso de greña!
No cedas: precipita
El estro que te agita
Por la intrincada breña
De la inmensa trilogía.
En sublime leyenda
Traza la patología
De una pasión horrenda.
Compón una balada
De diez versos y medio,
Y por no causar tedio,
Tórnala en ensalada.
De ritmos diferentes,
Y si aún de la fortuna
Las amarguras sientes,
Al disco de la luna
Emprende tu viaje,
Con modesto equipaje,
Cual cumple á tu destino,
Y á tu existencia oscura.
Para el largo camino,
Escoge por montura,
Ya que el hado te exime
De viajar de otro modo,
La joroba sublime
Que ilustra á Cuasimodo.

Á LA FLOR

LLAMADA EN INGLÉS «FORGET ME NOT»
(NO ME OLVIDES)

Flor modesta y delicada,
Que ocultas tus hojas leves
Y sencillas,
Cual huyendo las miradas
De peligrosas y alevés
Avecillas;

Flor consuelo del ausente,
Que nunca adornas la frente
De los Cides,
Sino el seno de las damas;
Dime, flor, ¿cómo te llamas?

No me olvides.

Flor que al cariñoso seno
Recuerdas el dulce amigo
Desgraciado,
Mientras gime en suelo ajeno
Viéndose del patrio abrigo
Desterrado;

Flor, que tímida consumes
Los delicados perfumes
Que despides,
Entre las selvosas ramas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?

No me olvides.

Flor, recuerdo misterioso
De esperanza lisonjera
Malograda;

Con cuyo aspecto gracioso
Torna la dicha que fuera
Ya pasada;
Y tornan llorados bienes,
Risas, amores, desdenes,
Blandas lides,
Cenizas de antiguas llamas,
Dime, flor, ¿cómo te llamas?
No me olvides.

A ORILLAS DEL LAGO DE CHUCUITOS
EN EL PERÚ

Maximus hic flexu sinuoso elabitur.
VIRG. GEORG.

Confundido me postro,
Gran lago, en tus orillas;
Clavo en el suelo el rostro,
Y de las maravillas,
Que atónito contemplo,
Formo en el alma un templo
Cuya deidad velada
Te sacó de la nada.

Si tú fuiste producto
De horrible terremoto,
¿Por cuál vasto conducto,
Con inmenso alboroto,
Se desplomaron fieras
Tus aguas altaneras?
¿Quién abrió sus canales
A tus hondos raudales?

¿Cuántos siglos pasaron
Desde el día tremendo
En que se desataron
Con horrisono estruendo?
¿Cuántas generaciones,
Y razas y naciones
Estamparon sus huellas
En tus márgenes bellas?
¡Qué diferentes climas
En tus márgenes! Ora
Sobre elevadas cimas
El invierno atesora
De nieves duras moles,
Y en varios tornasoles
Cambia el solar reflejo,
Como mágico espejo.

Ora en valles sombríos
Y en hojosos linderos
De caudalosos ríos,
Se mecen los palmeros,
Y en su copa elegante,
La vainilla fragante
Teje guirnalda espesa
Que el sentido embelesa.

Mas dó con más holgura
Mi mirada se extiende,
Es en la vasta anchura
De tu caudal, que hiende,
Con varias inflexiones,
Tan diversas regiones;
Con olas sosegadas,
Tierras tan apartadas.

Do por más que remonte
Las miradas, encuentro
Límite al horizonte
Solo en el mismo centro,
Cual si adornar quisieras
Las altas cordilleras,
Poniéndoles delante
La anchura del Atlante.

Mas no: que en los cristales
De tu seno tranquilo,
Cien islas colosales,
De eterna paz asilo,
Se elevan orgullosas,
Ya de selvas frondosas,
Cual guirnalda ceñidas,
Ya de rocas erguidas.

Y más allá, el Sorata,
Con cúpula sublime
Que la linfa retrata,
Tu soberbia comprime,
Tocando con la frente
La bóveda luciente,
Como si sostuviera
La mitad de la esfera.

Y al verlo, clavo el rostro,
Gran lago, en tus orillas,
Y humillado me postro;
Y de las maravillas
De aquella mole ingente
Formo un templo en la mente
Cuya deidad velada
Te sacó de la nada.

A DON FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA

Autor del Arte Poética Española.

Marzo 1829.

Tú que á la hispana lira
Código eterno de razón y gusto
Con docta mano trazas, ya que inspira
 Númen sacro y augusto
 Tu enardecida mente,
Paula querido, el vuelo prepotente
Suelta al ilustre genio, y su osadía
 Por incógnita via
 Que el vulgo desconoce,
 Gire en curso veloce.
De la mísera patria en que nacimos
 No sólo abatió el cuello,
Monárquica opresión; también la vimos
Intimidada al pálido destello
De la hoguera homicida. Furibundo
Del fanatismo númen espantoso,
 Lanzó su aliento inmundo
 Sobre el suelo abundoso,
Do natura fijó las urnas claras
 Del Betis y del Duero;
De sangre pura y exterminio avaras,
Las turbas ignorantes, grito fiero
 De execración lanzaron,
Contra el saber y la virtud; callaron
La virtud y el saber; y enriquecido
Con despojos sangrientos, sostenido

Por el grosero error, mando absoluto
Derramó por do quier espanto y luto.
La inspiración enmudeciera entonces,
Y mientras en los mármoles y bronce
Se eternizaban bárbaras quimeras,
O del poder elogios arrancados
 A pueblos humillados,
 Sus alas altaneras
 Reprimió la poesía,
Cual temerosa de la luz del día.
Mezquino amor en lánguidos cantares,
Impía lisonja, ó místico arrebato,
 Con pomposo aparato
 De conceptos vulgares,
Objetos fueron de la esclava rima.

Ya es tiempo de que imprima
Tu genio al genio hispano impulso noble
De más alta ambicion. Cual alza el roble
Frondosos brazos, sólidos, robustos,
 Sobre humildes arbustos,
 Tal audace descuellas
Entre los vates de tu edad. Dirige
Tu vuelo raudó á las mansiones bellas
Do la meditación callada rige
Los pasos del altivo pensamiento,
 Y presta lo conduce
 De portento en portento;
Do immaculado el claro nombre luce
Del cantor de Ilión, y el gran Urbino
 Tomó el pincel divino;
Donde á Bacón se descubrió el arcano

Del espíritu humano,
Y al Dante adusto la región umbrosa.
¿Qué aguardas? afanosa
La humanidad, cual si escondido númen
Con celeste vigor la enfureciera,
Avanza y precipita su carrera.
En sed de grandes cosas se consumen
Los pueblos agitados.
Los climas apartados,
Las soledades mudas
Donde imperaba el Austro, do vivían
Tribus dispersas, rudas;
Los incógnitos llanos que aturdían
Del Ohío las corrientes turbulentas,
Se cubren de ciudades opulentas:
Ya no hay barreras para el hombre. El Noto
Desencadena en vano sus rugidos,
Y en vano entumecidos
Se abren los senos de Anfitrite airada.
Tranquila en tanto al Indostán remoto
Boga la nave, cuyas fuerzas mueve,
Por la anchura irritada,
Vapor activo y leve
Que ponderosa construcción oprime.
Canta en eco sublime
Tanto prodigio, y la grandiosa escena
Que abre la industria á la ventura humana,
Distribuyendo en la región lejana,
Antes de errores y miserias llena,
Con el fruto sutil de sus telares,
De las ciencias los puros luminares.

Si del orbe moral aún te seduce,
Cual antes, la animada perspectiva,
Torna la vista al encendido oriente,
Que allí, cual antes, libertad reduce
La plebe generosa, y más activa
Que cuando al persa audaz holló la frente.
Con próspera fortuna
Destroza la arrogante media luna.
Desarrolle el recóndito destino
Su volumen divino
A tu ansiosa mirada;
De Helenia canta el porvenir, y Atenas,
Hoy triste, abandonada,
Solio otra vez del arte prodigioso;
Y las cumbres amenas
Del Himeto oloroso,
Coronadas de insigne monumento,
Que eternice glorioso entre los hombres,
De Fabier y de Codrington los nombres.
Ilustra el simultáneo movimiento
Con que la Europa entera patrocina
La causa de los libres; desde el Sena,
Que el astro de las ciencias ilumina,
Hasta el Po y el Boristenes, resuena
Grito acorde de blanda simpatía
Y execración á la cadena impía
De la otomana esclavitud. Los brillos
Del poder se eclipsaron; no más grillos,
No más humillación, erguida exclama
La turba antes sumisa; y cual la llama
Prende en seca maleza,
Así el amor de libertad difunde

Indómita entereza
Que al opresor atónito confunde.
De pueblo en pueblo su fervor propaga
La virtud generosa hasta el Pirene,
Donde la planta tímida detiene
Y el luminar esplendoroso apaga.
Allí en pavor sombrío
Maldición vomitando y anatema,
Con nuevo arrojito y brío,
Se enseñoa el fanatismo infando;
La usurpada diadema
Rugiendo apoya del cruel Fernando,
Y con orgullo necio, ferozmente
Huella del libre la abatida frente.

A los patrios dolores
Reserva amigo, enérgicos colores,
Rasgos profundos, fieras invectivas
Que perpetúen en do quier la saña
Debida al hombre que maldice España.
Insensatas, estúpidas y altivas
Pinta esas ordas que el horrible trono
Circundan humilladas, mientras juran
Inextinguible encono
Al saber, al ingenio; y cuando apuran
De la venganza la sangrienta copa,
Escándalo y ludibrio de la Europa,
Imploran el favor de un rey vecino,
Y su hierro asesino;
Describe esas indignas bacanales
En que se mezclan con profano grito,
Calumnias infernales

Al nombre sacrosanto del Supremo.
Invoca, amigo, su rigor extremo
Contra tanto delito;
Clama piedad por tí, por tus hermanos
Que en asilos lejanos,
Sin olvidar á la querida Hesperia,
Riegan con llanto el pan de la miseria.

A tan noble tarea
Naturaleza pródiga destina
Tu númen creador; si aguijonea
Llama pura y divina
De patrio amor tu pecho generoso,
Desencadena el eco sonoro.
Cumplida así veremos la esperanza
Que dió tu juventud, cuando ceñidos
De lazos de amistad y confianza,
Genil nos viera unidos,
Pasear sus riberas tutelares,
Y preludiar estudios y cantares.

DON ANTONIO ALCALÁ GALIANO

AL SUEÑO

¿De mis párpados huyes, blando sueño?
Invóquete en buen hora el desdichado,
Que en dulces pensamientos arrobado
No codicio en mi frente tu beleño.
Si cuando ví de la fortuna el ceño
En ti busqué reposo deseado,
Ahora gozar me place desvelado
Con la memoria de mi hermoso dueño.
¿Qué vale, engañador de los humanos,
Que sepas en bellisimas ficciones
Darles el bien que les faltó despiertos?
Serán conmigo tus esfuerzos vanos,
Que ni tus hechiceras ilusiones,
Igualar pueden mis placeres ciertos.

Á LA SEÑORITA
DOÑA AMPARO DE CÁCERES Y GONZÁLEZ
DE QUINTANILLA (*hoy Marquesa de Valmar*).

¿Ves joya relucir de alta valía,
Ornato á femenil garganta ó pelo?
Del francés diestro al arte y al desvelo,
Debe el fulgor su hermosa pedrería.

Mas no rica la tierra aquí la cría,
Que es producción del apartado suelo,
Donde, alto en el cenit, del puro cielo
Vivificante el sol su rayo envía.

Como esas piedras tú. Pero si ufana
De tu valor, á vanidad te mueve
La francesa elegancia que en tí brilla,
Piensa que esa tu gracia soberana
Y lindo talle, Amparo, se le debe
Al suelo generoso de Sevilla.

Á CÁDIZ

Al avistarla después de veintún
años de ausencia y en situación poco
lisonjera.

Cuando te me apareces
Como del seno de la mar nacida,
Y á mis ojos ofreces
La imagen conocida
Del suelo en que empezó mi triste vida,
Luciendo tu blancura
Sobre el piélago azul que te rodea,
Cual brillando en la altura
Nieve cana hermosea
El monte que la sierra señorea,
Cádiz, reina algún día
De la vasta extensión del Océano,
Á quien la suerte impía
Derribó de la mano
Roto y sin lustre el cetro soberano,
Turbado y conmovido,

Sintiendo el corazón romperme el pecho
Con violento latido,
Cual sintiéndose estrecho,
Gimo y exclamo en lágrimas deshecho:
¡Madre un tiempo dichosa
De quien suerte gozó menos mezquina!
Acógeme piadosa:
Tu hijo ante ti se inclina,
Y ruina saluda á tu ruina.
No buscando reposo,
Á ti vengo, cansado peregrino;
Juguete lastimoso
De contrario destino,
Mal mi grado, á tus playas me avecino.
Los recios temporales
Osó arrostrar mi frágil navecilla,
Y fieros vendavales
Á la materna orilla
Náufraga vuelven la cascada quilla.
Á superior esfera
El vuelo remontó mi atrevimiento
Y hoy con alas de cera,
Y con golpe violento,
Sirvo á locos arrojos de escarmiento.
Herida traigo el alma,
Que faltó en el sufrir la fortaleza;
Ni mi quietud es calma,
Que es doblar la cabeza
A peso enorme de inmortal tristeza.
Amaba yo, y creía,
Y encuentro ingratitude y desengaños
Que no me prometía,

Y en decadentes años
Los que propios juzgué, tornarse extraños.
Con fe y ardiente celo
A ídolos adoré como á deidades;
Despareció mi cielo,
Y tristes realidades
Hallo en vez de hechiceras vanidades.
Iba el valle bajando
De la vejez con paso trabajoso,
En báculo fiando,
Que al cuerpo tembloroso
Desamparó, quebrándose engañoso.
Perdona, Cádiz bella,
Si tus torres no miro alborozado;
Que mi maligna estrella,
Y siempre adverso hado,
Las fuentes del placer en mí han secado.
Al cabo en tus arenas,
Ideas nuevas poblarán mi mente,
Que templarán mis penas,
Volviendo lentamente
El lustre antiguo á mi anublada frente.
El mar que te circunda,
Y mi infancia arrulló con voz de trueno,
La viva luz que inunda
Ese cielo sereno
Y el aire tibio que te orea el seno,
El ánimo abatido
A restaurar alcanzarán acaso,
Y aquí, donde he nacido,
Si de placer escase,
Tranquilo al menos hallaré mi ocaso,

¡En vuestra compañía,
Hijos y esposa, á quienes tierno adoro,
Prendas del alma mía
Y superior tesoro
Al de los bienes que perdidos lloro!
Que si aspiré á renombre,
Era porque mi sombra os amparase,
Y en vosotros mi nombre
Largamente durase
Y en vosotros mi gloria reflejase.
Cérquenme mis amores
Y el cielo su existencia me dilate,
Que alivio en sus rigores
El mal que me combate
Tendrá y mi vida plácido remate;
Donde el polvo reposa
De la que fué la dulce madre mía,
Sabia, justa, amorosa,
En quien tener solía
Amparo y dicha cuando Dios quería;
Donde el mar afamado
Descubro, á España de infelice suerte,
En que mi padre amado
Cerró, cual varón fuerte,
Gloriosa vida con heroica muerte;
Aquí, fin propio tiene
De mi existencia la carrera dura,
Y yacer me conviene,
Muerto de muerte obscura,
Ignorado en humilde sepultura.

DON ANGEL DE SAAVEDRA

(*Duque de Rivas*).

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche;
Ronco huracán y borrascosas nubes
Confunden en tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:
Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del caos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.
En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus pies, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:
Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.
Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros:
Por él rueda la luna;